M&A InC.

Massot / Monteverde & Asoc. 22/3/11 - Año VIII, número 389 inc@ar.inter.net

El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

¿Error burocrático o propósito de escarmiento?

Imaginemos que el Ministerio Público suizo abriese una causa en la cual fueran rozados Carlos Zanini o Julio De Vido y, acto seguido, enviase un exhorto a la Cancillería para que el juez argentino correspondiente le remitiese los antecedentes judiciales del caso investigado. Nadie podría dudar un segundo respecto de cuál sería la respuesta del Coordinador de Cooperación Internacional en materia penal del Palacio San Martín. El funcionario que en general recibe estas solicitudes, pretextando vicios o requisitos no cumplidos del pedido helvético, lo hubiese devuelto. Antes, claro, el tema lo habría tratado con su jefe natural, el ministro de Relaciones Exteriores, y las más altas autoridades del país, empezando, como no podría ser de otra manera, por la presidente. Zanini y De Vido, además, hubieran sido puestos en autos del asunto inmediatamente.

¿Porqué no se dio curso a este procedimiento al momento en que la demanda suiza aterrizó en Buenos Aires reclamando datos de la familia Moyano? Hay dos respuestas: o la cuestión se le pasó por alto a la burocracia estable de nuestra cancillería o el gobierno decidió que el exhorto saliera a la luz e hiciese su camino, sin importarle demasiado cuanto opinara el damnificado. Inclusive en la Casa Rosada y Olivos se pudo pensar en un escarmiento.

Es conveniente entender que, a diferencia de cuanto sucedía en tiempos de Néstor Kirchner, hoy el círculo más cercano a la presidente, encabezado por Carlos Zanini, desearía tener a Moyano lejos de su vista. En este orden de cosas no sería de descartar que alguien muy

influyente y con el suficiente poder para hacerlo, haya dado la orden de no detener el expediente y de no avisarle nada de lo que ocurría al camionero. Si hubiese sido así, el plan era en extremo osado en razón de que están de por medio las discusiones salariales —tema de suma importancia en un contexto inflacionario— y la campaña electoral. Darle a Moyano razones para que escalase el conflicto no parece atinado. Claro que la lógica kirchnerista es difícil de descubrir. Este es un gobierno que, malgrado las conclusiones a las cuales arribaron la AFIP y el juez Aguinsky en el caso del avión norteamericano, insiste en mantener abierto el pleito con Estados Unidos. Si no hubo delito, a qué avivar el fuego de la discordia con la principal potencia del mundo, pensaría cualquier persona razonable. Sin embargo, lo contrario vale para Cristina Fernández y Héctor Timerman.

Como quiera que haya sido, la destemplada reacción de Hugo Moyano es necesario entenderla en medio de un panorama enrarecido por las sospechas del gremialista acerca de la mala fe del kirchnerismo y la convicción de que existe una conjura en su contra para meterlo preso. Con anterioridad al pedido helvético, Moyano creía que —después de Zanola, Venegas y Pedraza— tarde o temprano vendrían por él en virtud de los medicamentos adulterados o por su pasada militancia en la juventud sindical y sus vínculos con los grupos más radicalizados de la derecha peronista en la década del setenta.

El sabe mejor que nadie las distancias que hoy lo separan del cristinismo. Muerto el santacruceño, su relación con la viuda —que nunca había sido fácil— se deterioró de manera notoria. Siguieron siendo aliados pero los une no el amor sino la necesidad de cuidarse las espaldas. En el fondo casi podría decirse que se odian y se protegen al mismo tiempo. De momento, ninguno puede romper una alianza cada vez más resquebrajada por proyectos de poder tan diferentes. Pero la suya es la crónica de un rompimiento seguro. La única duda es *cuándo* se producirá.

Moyano, que vive obsesionado y ve fantasmas a su alrededor, creyó equivocadamente que había llegado su hora y si no redoblaba la apuesta podía terminar mal. Por eso, a tontas y a locas, lanzó la idea del paro general con movilización. Hubiera sido grave de cualquier manera. Lo fue mucho más a partir del hecho —no menor— que su norte no era el Palacio de Tribunales o la

embajada de Suiza, sino la Plaza de Mayo. La sola elección del lugar tenía un destinatario clarísimo: el gobierno nacional.

Varias cosas han quedado en claro después del episodio. 1) Que nada ha terminado, pues si bien la embajada helvética en Buenos Aires aclaró que no había ninguna investigación judicial sobre Hugo Moyano y su hijo Pablo, ello no quiere decir que en el futuro no la haya. El exhorto adelanta, de parte de los suizos, sospechas mayúsculas que involucran al gremialista y a su familia. 2) Que si bien la medida de fuerza fue cancelada, a Cristina Fernández el amague del camionero la convenció definitivamente de su peligrosidad. Toleró junto a Kirchner, en el estadio de River, su altanería y se llamó a silencio ahora frente al desafío del mismo personaje que su marido encumbró hasta las nubes, pero todo parece indicar que el frágil acuerdo que los unía ha quedado dañado sin arreglo posible. Seguirán juntos aunque desconfiándose como nunca antes. 3) Que, aun cuando haya pasado desapercibido, la discrecionalidad de Moyano de convocar a un paro con movilización, tácitamente enderezado a expensas de la Casa Rosada, no tuvo el apoyo incondicional de la CGT que el gestor de la idea daba por seguro. Y 4) que la impunidad de un sector gremial —aliado al Ejecutivo— en un año electoral, no es lo mejor que puede sucederle al oficialismo. Repárese en el hecho de que el camionero —posiblemente la figura pública con peor imagen del país— días atrás había adelantado su deseo de que Héctor Recalde —su abogado de confianza— acompañase en la fórmula presidencial a Cristina Fernández en octubre. Actitudes como estas frente a un requerimiento de la justicia suiza y pedidos explícitos para colocar al sindicalismo en posiciones relevantes dentro del gobierno, erizan la piel de numerosísimos sectores independientes y de no pocos empresarios.

Las usinas gubernamentales han salido a ponerle paños fríos al tema y hasta es probable que, al menos de momento, lo logren. No obstante, la procesión va por dentro. A Moyano nadie puede convencerlo, a esta altura del partido, que existe una animosidad en su contra de los nuevos favoritos que rodean a Cristina Fernández y que reivindican una cuota de poder que no tenían cuando vivía Néstor Kirchner. A Cristina Fernández nadie podrá sacarle de la cabeza que Moyano —al cual siempre despreció— representa un riesgo para su futuro que, a la corta o a la larga, es menester eliminar.

En tanto, se votó en Chubut y, de momento, nadie puede cantar victoria. Mario Das Neves, si finalmente se confirma el triunfo de su candidato, habrá dejado jirones de su integridad política en el trance. Hace dos semanas descontaba ganar con comodidad. Este virtual empate nubla su futuro y lo deja fuera de la puja del peronismo federal. De su lado, el gobierno nacional que, al comenzar el recuento de votos, se relamía convencido de que derrotaría a Martín Buzzi, debió llamarse a silencio.

Como fue dicho la semana pasada respecto a Catamarca, de Chubut también debe resaltarse su insignificancia electoral. Suponer que los resultados conocidos se pueden extrapolar a nivel nacional es perder el tiempo.

El principal efecto que tuvo el comicio de Chubut se relaciona con el peronismo disidente, cuyo estado vegetativo es visible para cualquiera que no tenga anteojeras. Si acaso se substanciase la interna de principios de abril, sería tan desabrida e incompleta que no serviría de nada o, en el peor de los casos, desnudaría su orfandad de votos. Algo de esto deben barruntar sus principales figuras porque de lo contrario no se entendería el tendido de puentes en dirección de Mauricio Macri con el propósito de forjar una alianza de cara a octubre.

Analizada la elección desde este ángulo, el kirchnerismo —aunque no repitió la performance catamarqueña— puede, de todas maneras, celebrar dos cosas: una votación excelente y el derrape de sus primos justicialistas que no encuentran un espacio político en el cual acomodarse con alguna perspectiva de éxito. Hasta la semana próxima.

Un índice para Morenolandia

Habían una vez dos reinos muy, muy lejanos…

En uno de ellos, las cosas andaban de maravilla. Y cuando no estaban diez puntos, estaban *casi 10*. Como el crecimiento de la economía. Que se lograba sin necesidad de inversiones sino gracias a la tenacidad de sus gobernantes. Quienes, a puro decreto, habían conseguido derrotar a la

miseria y la pobreza. Y al desempleo. El mérito se lo llevaba una innovativa terminología oficial que había establecido dos clases de *empleados:* unos que trabajaban y otros …que no trabajaban (¿¿!!). Los que no tenían trabajo eran considerados empleados por el solo hecho de recibir un subsidio, aunque éste se otorgase precisamente en razón de estar desocupados. Todos estaban felices —jubilados, trabajadores, y *no trabajadores*— gracias a que tanto las jubilaciones, como los salarios y los subsidios habían sido fijados, por decreto, por encima de la frontera de indigencia, límite que también era *definido* por el gobierno. Fue así que este país de fantasía se había vuelto rico. Por decreto. Para qué esforzarse en ser eficientes y producir riqueza como hacían en otras latitudes, si en este país de ensueño uno podía ser rico a decretazo limpio. Estos eran los beneficios de aplicar las políticas de redistribución. Un gobierno progresista. Orgulloso de lucir algunos de sus logros indiscutidos, como el *progreso* vertical de las villas, no precisamente turísticas. *Progreso* aun mejor reflejado en los abultados patrimonios de los funcionarios, que crecían a tasas verdaderamente chinas.

En este reino imaginario, que los cronistas de la época llamaban Argentina, no existían las malas noticias. Por eso los diarios las inventaban y se ocupaban tozudamente de ellas como si en realidad existiesen. Como la inseguridad. O la inflación. Ficciones sobre las que no cabía ocuparse ni, mucho menos, preocuparse. Por eso, en este país de cuento no se necesitaban estadísticas ni índices.

Las cosas en la Argentina eran muy diferentes a lo que ocurría en Morenolandia, otro país de novela pero a la vez muy real, donde sus habitantes tenían plena libertad de expresión *siempre y cuando* sus opiniones no disgustasen al gobierno. Ahí estaba prohibido dudar de las increíbles estadísticas que conformaban y daban sentido a la historia oficial. Un grotesco inquisidor se dedicaba a torturar y amedrentar a los díscolos economistas que osasen ejercer su libre albedrío y difundiesen datos que, por lo creíbles y congruentes, resultaran desestabilizadores a ojos del censor.

Con los precios en Morenolandia en rápido ascenso, y carentes de un órgano respetable de medición, la única base de relevamiento confiable e incontrovertible la propuso un camionero

devenido repentinamente en economista autodidacta. Preclaro pensador, identificó una nueva e irrefutable variedad de inflación: la del *carrito de supermercado*.

Claro que en Morenolandia, a diferencia de la maravillosa Argentina de fábula, sí correspondía ocuparse de la inflación. Un primer paso obligado era no ignorarla. Pero el solo mencionarla implicaba desafiar las iras del comisario que —inmediatamente— requeriría *pruebas,* so pena de padecer multa y confinamiento. Esa necesidad angustiosa de respaldarse en datos incuestionables es lo que terminaría convirtiendo al *carrito* en la herramienta clave para medir la suba indisimulada de los precios. Y esto merecía concretarse en la elaboración de un indicador nuevo y sencillo.

El nuevo e indubitable índice mediría las modificaciones de un paquete representativo y estable de bienes de consumo que integrarían un *carrito* imaginario. Lo hemos bautizado MoMo y es representativo de las variaciones reales de los precios en supermercados que ocurren en un país carnavalesco.

El MoMo está compuesto por una canasta muy simple y estable de bienes, de consumo universal, de una misma variedad y presentación, y fácilmente localizables en cualquier comercio. La fiabilidad de los datos está garantizada por los correspondientes tickets-facturas. Esta prueba documental deja fuera de sospechas el procedimiento de medición. Los comprobantes certifican la vigencia de los diferentes precios en cada una de las fechas consideradas (y corresponden a reconocidas cadenas comerciales).

Creemos que este indicador constituirá una base sólida y confiable para las discusiones laborales y para muchas negociaciones entre particulares que se realicen de aquí en más en Morenolandia.

De todas formas, cuando se trate de analizar y seguir la evolución de la economía real o de dar apoyo a ciertas decisiones empresarias, se seguirán necesitando los habituales relevamientos más amplios. En estos casos, la confiabilidad de los datos continuará siendo función del grado de independencia que los clientes reconozcan a las fuentes. Aun cuando los censores insistiesen en

estorbarlas y atemorizarlas, el seguimiento y difusión de la inflación real no desaparecerá. En el peor de los casos, pasarán a medirla otras firmas del exterior.

Situación fiscal – febrero

Pocos vencimientos y drástica caída en los subsidios a provincias

- El gobierno anunció que cerró el mes pasado con un superávit final — financiero, en la jerga de las finanzas públicas— de $ 876,8 MM.
    - Febrero fue un mes tranquilo para las arcas públicas.
    - El resultado obedeció fundamentalmente a que hubo mínimos vencimientos de deuda y el severo recorte en los subsidios a provincias y municipios.
    - Y aún no se computaron las subas salariales correspondientes a las paritarias.
    - De esta forma, para mostrar números positivos el Ejecutivo no necesitó de recursos extraordinarios del Banco Central aunque sí, como ya es habitual, de alguna ayuda de la ANSES.
    - La ANSeS contribuyó con $ 740,6 MM; en igual período de 2010, la ANSeS había aportado apenas $ 32,6 MM.
    - En marzo el gobierno deberá hacer frente al incremento en los haberes de los jubilados y al vencimiento de U$ 1500 MM correspondientes al Bonar V, que se pagarán con reservas.
- De todas formas, el gasto continúa creciendo por encima de los ingresos.
    - Los ingresos totales se incrementaron 24 %.
    - Pero el gasto primario se alzó 28,3 %.
- Los ingresos corrientes crecieron 24 %, algo por debajo de la inflación.
    - Los ingresos tributarios crecieron 26,6 %.
    - Las contribuciones apropiadas a la seguridad social se incrementaron 33,8 %.
- El gasto corriente aumentó tan sólo 21 %, gracias la fuerte disminución de 25,6 % en las transferencias corrientes a provincias y de 63 % en los intereses pagados durante febrero.
    - El gasto de operación del estado creció, en cambio, 30 %.
    - Y las prestaciones de la seguridad social se elevaron 31,8 % (nótese que lo erogado por jubilaciones crece siempre por debajo de lo que lo hacen los ingresos apropiados al sistema previsional).

- Los subsidios al sector privado mostraron un incremento contenido, de 25 %.

- Contrariamente a como fue anunciado, los gastos de capital experimentaron un drástico frenazo.
    - "Es de destacar el sostenimiento del gasto de capital, principalmente por la realización de una importante inversión real directa, así como por las transferencias de capital, principalmente destinada a las provincias para el desarrollo en todo el territorio nacional", afirmó el ministro en su conferencia de prensa.
    - La inversión en obras públicas creció 19,5 %, bien por debajo de la inflación.
    - Pero los subsidios de capital a las provincias se desplomaron 25,5 %.

Secciones del Informe completo

- ¿Error burocrático o propósito de escarmiento?
- Situación fiscal – febrero
  Pocos vencimientos y drástica caída en los subsidios a provincias
- El dulce mundo de los cupones PBI
  O los obsequios del crecimiento mágico
- Una aproximación al crecimiento real
  Desnudando la fantasía estadística
- EEUU
  Deuda y déficits gemelos en alza